

que chapotea la bazofia que le engorda. Sin materia, vísceras, órganos, arterias, miembros, sería como esas alucinaciones de los vesánicos creadores de espíritus, que forjan realidades allí donde no hay más que delirios.

Soñad cuanto queráis, apasionaos como queráis, pero reflexionad andando, que sois cuerpos reales con órganos y necesidades reales; que la idea es cosa grande, magnífica; el sentimiento cosa bella, óptima; y el estómago una víscera que requiere alimentos, el cerebro un órgano que demanda oleadas de sangre rica, el cuerpo un organismo

maravilloso que se nutre de cereales y carne y también de ideas. Un buen trozo de pan lleva en sus átomos las más geniales creaciones de los Platón, los Aristóteles, los Kant y los Spencer.

Conquistad, pues, el pan y también el ideal: todo en suma, pan para el cuerpo, pan para el alma, pan para el cerebro. Y que los artífices de cotos cerrados se queden en la soledad de sus vetustos palacios.

RICARDO MELLA

Ingeniero y publicista sociólogo español.

Debe y Haber

Los defensores de la propiedad acumulada, que fundan sus pretensiones en el supuesto derecho adquirido por utilidades producidas, olvidan que, aun dentro del criterio burgués, haya que pagar las deudas antes de considerarse propietario de la suma que se posee.

Y el hombre es un eterno deudor. Desde que nace hasta que muere, pesan sobre él obligaciones abrumadoras. A no ser por el derecho natural á la vida, siempre que haga con su trabajo porque este derecho sea una posibilidad; á no ser, sobre todo, por la forzosa generosidad de los muertos que nada reclaman, la bancarrota moral del hombre sería permanente, inevitable. Lo que otros han hecho ó hacen por él excede—considerando, por supuesto, al conjunto de la humanidad—á lo que él pueda hacer por los demás y hasta por sí mismo.

Nadie es hijo de sus obras, por más que afirman lo contrario los aduladores de los que logran acaparar fortunas inmensas despojando á sus semejantes. Y es que el afortunado excluye de su cuenta corriente una infinidad de crecidas cantidades que adeuda á las generaciones pasadas y á la presente, creadoras de los adelantos sin los cuales ni hubiera podido adquirir su for-

tuna ni podría gozar de las ventajas de la civilización.

No es acaparando bienes y privando de ellos á sus semejantes, sino produciendo en la medida de sus fuerzas, como el productor saldará su deuda con los demás productores—no con los parásitos, pues á estos irremediables fallidos nada se les debe—. Y cada generación podrá únicamente pagar la deuda contraída con las generaciones pasadas, imponiéndose la obligación de trabajar en beneficio de las venideras.

Esto ocurre en todos los ramos de la actividad humana: agricultura, industria, literatura, arte, ciencia. Mejor que nadie, lo ha demostrado el químico más eminente de nuestra época, Berthelot, en el discurso admirable que pronunció en París ante representantes de las sociedades científicas del mundo entero.

Medítense estas palabras pronunciadas por este sabio insigne:

«Lo que somos, sólo es atribuible en una parte mínima á nuestra labor y á nuestra individualidad; porque casi en totalidad lo debemos á nuestros antepasados, antecesores nuestros por la sangre y el pensamiento, y si cada uno de nosotros añade algo al bien común, en orden de la ciencia, del arte ó de la